



# Por una Iglesia Sinodal

Fase Diocesana



19 de mayo de 2022



## Por una Iglesia sinodal.

Una de las primeras actuaciones realizadas por el equipo sinodal de la Archidiócesis fue la preparación de la apertura de la *Fase Diocesana*, que tuvo lugar el domingo 17 de octubre de 2021, con la celebración de una Asamblea a las 17:00 horas en la iglesia de San Paio de Antealtares, en la que se presentó el proceso, los objetivos y la metodología para esta fase, seguida de la Santa Misa presidida por el Sr. Arzobispo en la Catedral.

Desde el comienzo se contó con la ayuda de los medios de comunicación propios del arzobispado, lo que nos permitió disponer de una sección propia en la web: [https://www.pastoralsantiago.org/sinodo21\\_23/](https://www.pastoralsantiago.org/sinodo21_23/) desde finales del mes de octubre. A partir de ese momento se fueron subiendo noticias y materiales para trabajar en los grupos sinodales, junto con un formulario ad hoc para su inscripción, y también se puso a disposición una cuenta de correo electrónico para todas las comunicaciones entre el equipo sinodal y los grupos.

Al mismo tiempo se fueron elaborando unos materiales propios, en gallego y castellano, a partir del *Documento Preparatorio*, del *Vademécum* y los que iban siendo publicados por otras diócesis, con la intención de que fuesen más sencillos y con un lenguaje accesible para todos. A mediados de noviembre se publicaron tres guías de trabajo: dos para participantes de grupos y comunidades eclesiales - una para trabajo personal y otra para los moderadores y secretarios- y una tercera para grupos y colectivos sociales.

La presentación de estos materiales se realizó en una convocatoria abierta, especialmente diseñada para moderadores de los grupos, el 13 de noviembre de 2021. Con posterioridad los miembros del equipo sinodal diocesano los publicitaron por vicarías y a nivel arciprestal, por zonas, en instituciones religiosas, parroquias y



otros movimientos y asociaciones. El día 5 de febrero de este año se organizó una sesión formativa/informativa para los animadores y secretarios de los grupos sinodales, que fue especialmente enriquecedora por cuanto se compartió sobre el desarrollo de las reuniones de trabajo.

Se han recibido actas de 60 grupos que constituyen 51 realidades diferentes eclesiales de todo tipo, siendo un número menor respecto a los que participaron en el Sínodo Diocesano.

La experiencia de **sentirse comunidad cristiana** ha sido valorada muy positivamente por muchos grupos, incluso se ha recibido el agradecimiento de alguna comunidad religiosa por la posibilidad que han tenido de poder participar en esta etapa diocesana. Y **nos sentimos Pueblo de Dios porque:**

- **Nos unimos en oración.** Constatamos su importancia para prepararse para la escucha y el diálogo.
- Pudimos **concernos personalmente** más en profundidad.
- **Aprendimos a escuchar a los demás, a dialogar** y a reflexionar a la luz de sus aportaciones compartidas, y a **discernir** para encontrar la voluntad de Dios.
- **Crecimos como personas** desde el respeto a la diferencia, valorándola como oportunidad de mejora.
- Comprobamos la **riqueza de carismas, grupos y actividades** que tienen nuestras parroquias y movimientos y que, en ocasiones, pasan desapercibidos.

La principal **debilidad** del proceso fue el no haber podido sensibilizar e implicar a más instituciones diocesanas y a movilizar a un mayor número de personas, condicionados por:

- un **contexto pandémico**, con restricciones y limitaciones a la movilidad y el encuentro,
- la preparación del **Año Santo Compostelano** y la Peregrinación Europea de Jóvenes,
- la **dificultad para trabajar con los materiales.** Algún grupo nos hizo saber que alguna de las preguntas formuladas en los



bloques estaba poco relacionada con los contextos parroquial y social del rural gallego y de las particularidades de las comunidades religiosas,

- la **falta de formación en discernimiento**,
- el **esfuerzo de** los trabajos del Sínodo Diocesano (2012-2017) que no han visto todavía cumplidas las expectativas generadas y la aplicación de sus conclusiones,
- el **clericalismo** estéril, tanto en sacerdotes como en el laicado,
- la incertidumbre del momento presente favorece la búsqueda de seguridades y aviva el **miedo a las reformas** en la Iglesia.
- la **participación** de personas consagradas y miembros de asociaciones laicales **desde estructuras propias**.
- un **descrédito social** que, además de limitar el acercamiento de los no creyentes, no favoreció la participación de colectivos sociales vinculados al mundo político y sociocultural.

Pero nos ha brindado la **oportunidad** de hacer camino sinodal con:

- muchos grupos parroquiales, de arciprestazgos y zonas pastorales que colaboran desde hace tiempo con su oración y compromiso en la evangelización.
- varios **internos del centro penitenciario** de Teixeiro (Curtis, A Coruña), acompañados por los miembros de la pastoral penitenciaria,
- **personas sin hogar** animados por los voluntarios de la parroquia de Santa María la Mayor de Pontevedra,
- **cristianos evangélicos** y **minorías étnicas** en la parroquia de Santa Eulalia de Vilagarcía de Arousa (Pontevedra),
- comunidades de **vida contemplativa**,
- **asociaciones de padres y madres** de colegios católicos,
- grupos que promueven un diálogo y reflexión desde una fe cristiana en clave liberadora y una **identidad gallega** (*Irimia, Encrucillada, Escola de Espiritualidade*);
- y un “*grupo de amigos*” integrado por creyentes y no creyentes.



A medida que avanzaba el proceso tuvimos la satisfacción de ver como **la desconfianza y los recelos iniciales se convirtieron en una respuesta entusiasta y esperanzadora** de la diócesis y de los participantes ante la convocatoria del Papa: debates ricos y ordenados, con experiencias compartidas gratificantes, con crítica serena y constructiva, y por sentirnos y vivir la riqueza de ser Pueblo de Dios.

Hemos compartido angustias y esperanzas, se han creado expectativas y, aunque somos conscientes de las inercias y reticencias al cambio, los frutos de este Sínodo de la Sinodalidad dependen fundamentalmente de nuestra **docilidad** al Espíritu, de nuestro **compromiso** y de una apuesta decidida por el diálogo, por seguir caminando juntos y por implicarnos para que sus conclusiones no se queden en papel mojado, y que nuestra diócesis vaya mostrando poco a poco aquel rostro que Cristo quiere para su Iglesia.

Por último, recogemos unas preguntas que pueden resonar: ¿En qué medida las parroquias se han implicado en este proceso sinodal? ¿Qué va a implicar el Sínodo en nuestra vida diocesana? ¿Ha habido el suficiente compromiso en esta fase diocesana tanto de sacerdotes, como de laicos y consagrados?

El proceso sinodal diocesano lo hemos planteado en varias sesiones en torno a las tres palabras clave: Comunión, Participación y Misión, y dos bloques en cada una de ellas. Estas son las aportaciones de los grupos sinodales en los distintos bloques:

## Bloque 1. Acompañantes de viaje. Acogida

Los grupos sinodales consideran como acompañantes de viaje que forman parte de nuestra Iglesia a todos los bautizados, seguidores de Jesús, que participan en la vida parroquial desde sus carismas y ministerios y en movimientos y asociaciones eclesiales, cuya finalidad es la evangelización y la promoción humana de acuerdo con su ideario. Se ha tomado conciencia de que hay personas y colectivos que en ocasiones hemos dejado fuera o se han ido alejando o no nos conocen y deberían estar con nosotros, entre los que destacan:



- Adolescentes y jóvenes.
- Mayores y personas vulnerables que requieren una acogida y atención personalizada.
- Migrantes y grupos socialmente más desfavorecidos.
- Grupos LGTBI, personas privadas de libertad, con adicciones, sin hogar, etc.
- Miembros de familias reconstituidas y nuevos modelos de familia.
- Los desilusionados y alejados, los indiferentes, ateos y los no bautizados.
- Fieles de otras religiones.
- Personas del mundo rural.
- Trabajadores e intelectuales.
- Militantes de asociaciones laicistas.

La relación con algunos de éstos se percibe distante y rígida, poco acogedora y ocasional, salvo en actos muy puntuales. Muchas veces se resuelve con unas simples palabras, gestos condescendientes y un diálogo cargado de prejuicios paternalistas.

Por ello, se pone énfasis en salir a su encuentro, con una **acogida más cercana y una escucha respetuosa y alegre**; una comunidad fraterna en la que las personas se sientan queridas y apoyadas, estando atentos a las diferentes realidades urbanas y rurales. Se resalta, además, la importancia de poner en práctica la acogida en las celebraciones sacramentales, de facilitarla, por ejemplo, manteniendo los templos abiertos, y en otros ámbitos tales como excursiones, conciertos y visitas culturales.

## Bloque 2. Celebrar la fe y la vida

**Las celebraciones comunitarias son necesarias para compartir la fe**, interiorizar la Palabra y sostener el compromiso en la misión, sobre todo cuando se comparte su preparación y se desarrollan en un ambiente de oración y de fraternidad. Son, al



mismo tiempo, **una llamada a la coherencia de vida**, una invitación a crecer y madurar en la fe, un impulso en el seguimiento de Jesús y en las dificultades del camino. En definitiva, nos ayudan a vivir en profundidad el amor y desde éste la entrega, la fraternidad, la justicia y la solidaridad.

Podemos **mejorar el lenguaje celebrativo**, los gestos y símbolos haciéndolos más naturales, acogedores e inclusivos – traduciéndolos al lenguaje de signos, por ejemplo–; también el canto, como alabanza y expresión gozosa; y favoreciendo la participación de todo el Pueblo de Dios para que las celebraciones sean más vivas, cercanas y familiares. Se pide a los sacerdotes el esfuerzo de preparar mejor las homilías, centrándolas en la Palabra, haciéndolas breves y contextualizadas en el tiempo –Jesús nos habla aquí y en el ahora de la historia– y en la comunidad a quien van dirigidas. Se debe cuidar el espacio celebrativo procurando que disponga de todos los medios necesarios, incluidos los audiovisuales, para que la asamblea participe activamente en la celebración de los sacramentos.

Es importante **impulsar los equipos de liturgia y la formación bíblico-litúrgica**, sin caer en el ritualismo, de forma que se potencie una mejor identificación de los símbolos y las imágenes que se emplean para hacer llegar el mensaje de la Palabra, fomentando la creatividad y ofreciendo otros tipos de encuentros celebrativos: vigiliias, conciertos-oración, celebraciones de la Palabra, etc. Algunos señalan que pueden resultar más acogedoras las celebraciones eucarísticas en pequeña asamblea, pues favorece un ambiente más próximo, compartido y vivencial.

### Bloque 3: Escuchar y tomar la palabra

Sentirse o no sentirse escuchado por la Iglesia depende de cómo hayan sido las experiencias personales vividas en las parroquias o en la relación con los párrocos. A pesar de la diversidad de opiniones, el grado de satisfacción es mayor en el entorno más próximo que en el diocesano e institucional. Ser comunidad de comunidades no impide que algunos se sientan escuchados y valorados en sus parroquias. Otros perciben que se les escucha, pero



que no se tiene en cuenta su opinión a la hora de tomar decisiones, sobre todo si implica algún tipo de cambio en las inercias pastorales. Algunos grupos manifiestan que no se atreven a hablar por miedo o para evitar asumir compromisos. También están los que se sienten olvidados (especialmente en el rural), motivo que favorece su desgana, o los ignorados porque no los sentimos Iglesia. En lo que sí está de acuerdo la mayoría es que hay voces que pasan más desapercibidas, se ignoran o se silencian, voces críticas por lo general, que pretenden cambios y que no están en sintonía con el párroco.

Algunos creen que se desoyen las voces de los colectivos catalogados como diferentes o poco “útiles”, por sus condiciones y circunstancias de vida (LGTBI, divorciados, etc.); por su edad (jóvenes y mayores); por ser mujer, por su situación de precariedad y vulnerabilidad; por residir en el medio rural; y la de todos aquellos que por algún motivo se sienten alejados o excluidos de la comunidad eclesial.

Para ser una verdadera *Iglesia de la escucha y del diálogo* **necesitamos estar abiertos al Espíritu y ser fieles al Evangelio**, desde un ambiente de oración, apertura y acogida, sin creernos superiores, con sencillez y cercanía para todos sin excepción, especialmente con los más desfavorecidos. Y practicar una escucha gratuita poniendo a la persona en el centro, sin juzgar ni condenar, tomando en consideración todas las opiniones y estando atentos a las necesidades del otro. Como bautizados debemos estar cercanos a todos, sin miedo a escuchar ni a decir lo que pensamos y dando testimonio del encuentro con Jesús. Es preciso asumir responsabilidades –y otorgándoselas en el caso de las mujeres–, sin temor a equivocarnos y aceptando las críticas para mejorar nuestra labor.

**Debemos ejercer la corresponsabilidad real** en nuestras parroquias, con transparencia en todo lo que afecte a la vida de la comunidad eclesial, para que sea conocido, debatido y decidido con participación de todos: laicos, sacerdotes y personas consagradas. **Cuidar la cultura del encuentro y el acompañamiento**, integrando, fomentando el trabajo en equipo y las relaciones





fraternas. Pero nada de esto será posible si no se pone interés y se le dedican tiempo y recursos a la **formación en la pedagogía de la escucha**. Y así seremos una Iglesia más abierta y atractiva, capaz de llegar a la vida real de las personas. En definitiva, una Iglesia como nos pide el Espíritu, en modo sínodo permanente, caminando juntos.

En cuanto a **espacios que promueven el “tomar la palabra”**, es decir, que favorezcan un estilo de comunicación libre, auténtica y propositiva, basada en la reciprocidad, están las asambleas y consejos pastorales, los grupos parroquiales de catequesis, liturgia, Biblia, oración, de acción social (Cáritas, Manos Unidas), los sinodales, etc., aunque no están presentes en todas las parroquias. En algunas se detecta una falta del protagonismo que es propio de una comunidad cristiana, actuando como islas en el seno de la Iglesia que en ocasiones no promueven la participación real y decisoria de los laicos. No obstante, estos espacios, aun existiendo, tienen en muchas ocasiones poco poder de convocatoria, por falta de conocimiento y de compromiso.

Del trabajo de los grupos sinodales han surgido una serie de **propuestas** muy interesantes **para promover la comunicación** abierta, respetuosa, libre y constructiva desde el *nosotros*:

1. Fomentar encuentros lúdicos (cafés, conciertos, excursiones) para conocernos y crear vínculos comunitarios.
2. Organizar en las parroquias actividades de intercambio cultural, aprendizaje y colaboración que impliquen especialmente a los jóvenes (aprender idiomas, intercambio de recetas, apoyo al estudio).
3. Crear espacios de encuentro para las familias, a poder ser interparroquiales: semanas temáticas de la salud, de la familia, de Cáritas, Cursos y charlas formativas con coloquio.
4. Facilitar espacios de diálogo para intercambiar experiencias de Dios, testimonios de conversión y revisión de vida.
5. Elaborar materiales divulgativos (impresos y digitales) para dar a conocer el núcleo de la fe y vida de la Iglesia.



6. Fomentar los espacios de comunicación, presenciales y no presenciales, donde se traten temas de interés y preocupación social y se hagan propuestas a la luz del Evangelio y la Doctrina Social de la Iglesia (DSI).
7. Organizar debates públicos en donde recoger y difundir opiniones e iniciativas, con la participación de creyentes comprometidos, alejados de la Iglesia, miembros de otras confesiones religiosas y no creyentes.
8. Continuar los encuentros de reflexión de los grupos sinodales con participación plural de personas de todas las edades.
9. Elaborar y dar a conocer las actividades pastorales programadas por las parroquias, aunando esfuerzos y optimizando recursos entre los diversos niveles pastorales de la diócesis.
10. Realizar encuestas de opinión abiertas, preguntando qué actividades son de interés y tener un buzón de sugerencias.
11. Promover formación específica, dirigida a sacerdotes, seminaristas y laicos, sobre escucha, duelo y acompañamiento a personas vulnerables.
12. Concienciar sobre la importancia del trabajo pastoral en equipo, delegando responsabilidades en los laicos y valorando y agradeciendo su compromiso.

## Bloque 4: Participar y compartir responsabilidades

Al preguntar en los grupos sinodales si sentían el apoyo de la comunidad en el compromiso sociopolítico de servicio a la sociedad, en la promoción de la justicia, en la cultura y la educación, en el mundo del trabajo y en los ámbitos de exclusión nos hemos encontrado con diversidad de opiniones.

Por un lado, está el sentir positivo de quienes resaltan la **presencia de servicio de la Iglesia en múltiples ámbitos sociales**. Preferentemente valorada es la labor sociocaritativa en favor de colectivos vulnerables en riesgo de exclusión, pero también se destaca la atención a enfermos desde la pastoral de la salud, el



compromiso con la labor cultural y educativa en centros y colegios religiosos, el uso compartido de locales de titularidad de la Iglesia para fines sociales, la organización de rastrillos solidarios, la ayuda asistencial y alimentaria, los centros de escucha y orientación familiar, la acogida a refugiados, el acompañamiento a personas privadas de libertad y transeúntes, etc. No obstante, es justo señalar que en ámbitos como la economía y el mercado del trabajo queda mucho camino por recorrer.

Para realizar esta labor la Iglesia cuenta con la colaboración del laicado, miembros de vida consagrada y sacerdotes muy comprometidos, a menudo desconocidos, lo que hace que desde fuera no se perciba que la Iglesia apoya decididamente estas iniciativas.

Por el otro lado, los que no se sienten apoyados manifiestan que muchas de las iniciativas de servicio propuestas no se llevan a cabo – o se desvanecen– por **falta de ayuda y colaboración**, como consecuencia de un individualismo que menoscaba la esencia del compromiso y la responsabilidad. También se percibe que participan siempre las mismas personas, cuya labor, en contrapartida, es poco reconocida y valorada. Pero también existen muchos *consumidores de sacramentos*, que además de privatizar la fe no la llevan a la vida.

El envejecimiento y la pérdida de población en el rural, así como la dispersión geográfica, limita la existencia de estructuras para la atención y promoción social de las personas, manteniéndose casi en exclusiva una mera pastoral de conservación. Algunas iniciativas como la campaña de la Iglesia por el Trabajo Decente, ni se conocen ni encuentran acogida.

**Crece en participación y corresponsabilidad** en el compromiso con la sociedad **implica**:

1. Sensibilizar sobre la importancia de las realidades sociales y políticas como lugares donde se construye y realiza el proyecto del Reino de Dios.
2. Vivir nuestra misión evangelizadora como vocación y fomentar el discernimiento como forma de buscar la voluntad de Dios.



3. Ofrecer nuestra ayuda al prójimo: vivir la caridad practicando las obras de misericordia para que sientan que la Iglesia no es ajena al sufrimiento.
4. Liberar tiempo para asumir responsabilidades, desde el servicio humilde a los demás.
5. Formarnos para dar razón de nuestra fe y dar a conocer la DSI.
6. Trabajar por el reconocimiento del papel de los laicos, en especial las mujeres, en la Iglesia y en la sociedad.
7. Crear vínculos y relaciones con personas fuera de la Iglesia, en especial con representantes de la sociedad civil que buscan el bien común.
8. Llevar a cabo un primer anuncio, un anuncio renovado, pues *hay más personas de las que creemos que están deseando que se les hable de Dios.*
9. Implicarnos con identidad cristiana en nuestros entornos.
10. Difundir los principios morales cristianos relativos a la libertad religiosa, la defensa de la vida y la justicia social.
11. Implicar a los niños, adolescentes y jóvenes en actividades de voluntariado.
12. Y lo más importante ... No dejarnos vencer por la desesperanza, confiar en el Espíritu Santo.

## Bloque 5: Dialogar en la Iglesia y en la sociedad.

En una realidad diocesana tan amplia y diversa los espacios y formas de diálogo dependen mucho de los contextos y de las actitudes personales, principalmente del talante personal de los sacerdotes y del grado de compromiso del laicado. Desde la negación del diálogo hasta su afirmación rotunda, se constatan **avances importantes** con el paso del tiempo, aunque se percibe que todavía son escasos.

La **ausencia de diálogo** está en relación con la escasez de *momentos de encuentro*, con la falta de escucha, con estructuras fuertemente clericalizadas en las que prevalece *la normativa y la*



*opinión del cura*, fruto de carencias en la formación comunitaria desde el seminario, por la escasa implicación del laicado y, también, por la poca trascendencia de las deliberaciones cuando se *toman decisiones a niveles altos*. Pero también con la falta de espacios físicos adecuados.

Los ámbitos de diálogo se concentran fundamentalmente en las parroquias, pero se echa en falta en las escalas interparroquial y diocesana. No obstante, se percibe la existencia de una **comunicación más fructífera** donde hay una mayor sensibilidad con problemas de marginación y exclusión social y en otros grupos y movimientos de Iglesia, al margen de las parroquias, *porque hay más libertad y diálogo entre iguales* (Acción Católica especializada, *Escola de Espiritualidade*, Manos Unidas, Red Migrantes, etc.). Por último, algunos grupos se encuentran más cómodos *hablando con los no creyentes, ya que los creyentes tienen lenguajes y planteamientos que chirrían mucho en relación con la sociedad actual*.

La percepción de muchos de los participantes es que en nuestra Iglesia no se afrontan los conflictos -juzgamos y condenamos- y cuando lo hacemos es de forma evasiva. En muchas ocasiones las divergencias se ocultan y silencian, por los sacerdotes y por los que se autoproclaman cuidadores de la ortodoxia, apartando al divergente. Otra posibilidad es la huida a título individual, en busca de espacios de refugio y acogida. Por norma general **nos cuesta aceptar la diferencia**. Otros, por el contrario, consideran que las dificultades se dirimen con el binomio oración-confrontación, con un espíritu abierto y acogedor desde el respeto a la diferencia.

Estamos muy lejos del diálogo con la sociedad actual, en parte condicionados por el laicismo imperante que dificulta el diálogo institucional y social, por el desprestigio o descrédito de la Iglesia Católica y por las dificultades para la transmisión del mensaje evangélico, tanto por el lenguaje obsoleto -en particular para los jóvenes- como por nuestra débil presencia pública. Como Iglesia nos cuesta ser *una voz autorizada y valiosa, que ofrece y no impone, y aceptar, también, que no es la única ni tiene por qué considerarse siempre la mejor*. Se siente la **necesidad de crear espacios para abordar en profundidad temas de actualidad**: el papel de la



mujer en la Iglesia, los divorciados, homosexuales, migrantes, no creyentes y personas que piensan diferente y la cuestión medioambiental entre otros.

En lo que se refiere a la relación con otras confesiones se constata la escasez de encuentros y de diálogo sostenido, aunque se percibe la existencia de un proceso en marcha. Las experiencias interconfesionales se limitan al *Octavario por la Unidad de los Cristianos*, al *Encuentro Internacional por la Paz*, y a tímidos contactos con algún sector de la comunidad musulmana. Pero se echan en falta encuentros para el estudio bíblico conjunto y para abordar problemas sociales, ambientales y de cooperación.

Los espacios de solidaridad se perciben de nuevo como propulsores de las relaciones interconfesionales, en particular Cáritas y la pastoral penitenciaria. A ello se suma la Oficina del Peregrino, en consonancia con el carácter interreligioso del Camino de Santiago, y el papel de la familia y de la escuela.

*El esfuerzo de acogida y escucha tiene que ser sobre todos los aspectos que incidan en la vida real de las personas, y **la Iglesia tiene que ser hogar para todos***. Y para acoger y crecer en compromiso es necesario el diálogo permanente entre la fe y la cultura. Se apunta la necesidad de diálogo y **presencia** en la Universidad y en los **medios de comunicación** e información, en particular en las redes sociales. Se propone valorar y **usar la lengua y cultura gallegas**, dada su marginalidad en el seno de la Iglesia en Galicia.

En la mayoría de las contribuciones se aprecia una preocupación por una **mayor presencia pública desde los principios de la DSI**, es decir, al servicio del bien común y de la dignidad de la persona. En el terreno económico se alude al empresariado para que anteponga la persona a los beneficios económicos, a la banca ética y a los problemas del paro, la vivienda y la marginación; mientras que en el político se considera necesaria una participación crítica y constructiva en temas como los derechos humanos y de los pueblos, la educación, la migración, el aborto y la eutanasia. También demandan especial atención el mundo rural, la



emergencia climática y el desafío de la fraternidad a la luz del magisterio de Francisco.

Las aportaciones recibidas constatan una **creciente toma de conciencia en la misión alegre de anunciar el Evangelio**, en el marco de la transformación misionera planteada en la *Evangelii Gaudium*. Una Iglesia que quiere construir el Reino de Dios, de justicia y paz, un mundo más humano y habitable saliendo al encuentro de los alejados y excluidos: *si ellos no se acercan tendremos que hacerlo nosotros*, a ofrecer el mensaje de Jesucristo. Evangelizar con la Palabra y con hechos, con un testimonio de fe coherente y valiente.

Dar testimonio y predicar a Dios, al Dios del Amor revelado en la vida y en el mensaje de Jesús, exige una fe madura y formada - conocimiento de la Palabra de Dios y de la DSI-, para entablar un diálogo sincero y valiente, así como nuevos métodos, lenguajes y caminos: el de la belleza, el de la misericordia, el de la compasión y el de la espiritualidad. La preocupación por **acercarse a los jóvenes** se percibe en las propuestas de evangelización a través de las redes sociales, de la *digitalización de la Iglesia sin perder la cercanía personal de la escucha presencial y el acompañamiento*. Se considera imprescindible la presencia en los medios de comunicación con criterios evangélicos, de defensa de la verdad. Se recrimina, por el contrario, la polarización política excluyente y las incoherencias con el mensaje cristiano en algunos medios de la Iglesia, con la difusión de información y publicidad *en ocasiones opuesta frontalmente a la DSI*.

## Bloque 6: Discernir y decidir.

El compromiso decidido por la transparencia y por promover la responsabilidad en la Iglesia continúa sin percibirse con claridad, quizás por carencias en su difusión y divulgación. No obstante, se han dado pasos importantes, aunque se considera que los avances fueron *obligados y no por voluntad propia*. Pero la transparencia parece que disminuye con la escala, al apuntarse cierto oscurantismo en las parroquias en lo que respecta a las propiedades y a su estado de gestión y conservación.



**La corresponsabilidad laical en el servicio y en la toma de decisiones es limitada**, por reticencias en el clero para delegar tareas y constituir las estructuras de participación existentes. Incluso en las acciones encomendadas a los seglares pocas veces se tiene en cuenta su opinión: *haz tú el trabajo que yo organizo*. En el otro extremo también se constata la falta de compromiso del laicado para asumir y vivir sus responsabilidades como bautizados.

Como miembros del Pueblo de Dios **vivimos nuestro envío misionero si mantenemos un diálogo sincero y crítico con la sociedad** en la que vivimos. El discernimiento, al igual que la sinodalidad, es consustancial con la Iglesia y se refleja en la variedad de experiencias conocidas y vividas: retiros, ejercicios espirituales, grupos de oración, jornadas, etc. Se señalan como representativas en la Iglesia compostelana las experiencias del Sínodo Diocesano y la Escuela Diocesana de Agentes de Pastoral, a *pesar de que todavía se desconocen sus conclusiones y resultados*. Lo mismo se siente en relación con el Congreso de Laicos de 2020 o con el Concilio Pastoral de Galicia (1968-1978), *cuyas conclusiones no se llevaron a cabo con responsabilidad*.

El Papa insiste en la necesidad de discernir, es decir, en escuchar y acoger la Palabra de Dios para hacer su voluntad. El sentir con la Iglesia, el crecer en experiencia sinodal, convierte a la oración en *el eje del discernimiento* para crecer en vida y compromiso y evitar los riesgos del intelectualismo. **Para promover la participación se hace necesaria una conversión personal** –*el cambio tiene que ser de la propia persona*– **y comunitaria**. Hay que favorecer espacios de encuentro, de libertad –donde está el Espíritu del Señor allí está la libertad (2Cor 3, 17)–, de acogida y escucha humilde y empática. Permitir y estimular la participación responsable del laicado, en particular de las mujeres, en la toma de decisiones desde la confianza y el respeto mutuo, *sin protagonismos ni líneas rojas*, para ir creando vínculos de identidad y pertenencia, pues favorecen el compromiso, la autoestima y la confianza en los demás. Pero el **acompañamiento** es *una de las actitudes más necesarias para favorecer y aprender el discernimiento personal y comunitario. Necesitamos sentirnos acompañados para poder acompañar*.





Hay un interés por ampliar las relaciones en los ámbitos interparroquial y arciprestal, como espacios de crecimiento y enriquecimiento mutuo. Promover la participación también requiere prestar atención a las realidades concretas de nuestro mundo. *Las llamadas del Espíritu resuenan en los acontecimientos que vivimos y exigen discernimiento para poder actuar con compromisos de solidaridad y fraternidad universal.* Se alude también a los medios de comunicación e información para hacer llegar el mensaje de Jesús a un mayor número de personas y a la piedad popular –santuarios, romerías y peregrinaciones–, valorando su dimensión festiva y su potencial evangelizador, con reservas ante usos excesivamente economicistas.

En síntesis, existe una demanda muy fuerte para que se fomenten unas **estructuras organizativas participativas**, horizontales, con diálogo entre iguales; que se acompañen y evalúen los procesos, que se voten las conclusiones. Unas **comunidades vivas, con vocación de servicio**, en las que el amor y la persona sean el centro. Concluimos con el anhelo que ha inspirado la convocatoria de este proceso: *ser sinodal debería ser un estilo de trabajo para todo.*

## Conclusiones

La valoración casi unánime de todos los que han participado en la fase diocesana del Sínodo ha sido el reconocer que esta convocatoria ha sido una **oportunidad para compartir** reflexiones, experiencias e inquietudes sobre la vivencia de la fe y el anuncio del Evangelio, sobre la corresponsabilidad y participación en la vida de la Iglesia. Un momento importante para afianzar la comunión y despertar la necesidad de un mayor compromiso y unión. Quienes se han implicado en los trabajos han salido fortalecidos espiritualmente de esta experiencia de reflexión compartida, orada y celebrada. Se constata que hay **sed de escucha** en nuestra Iglesia diocesana.

Se siente la necesidad de **promover más experiencias de reflexión** como la manera habitual en que unos y otros somos escuchados: una **escucha mutua guiada por el Espíritu**. Hemos



comprobado lo importante que es encontrar un tiempo y un espacio común para el **diálogo compartido**, discerniendo y aportando entre todos. Se percibe el deseo de que esto no sea algo puntual, sino el **comienzo de un caminar cotidiano en comunión de fe y vida**, una vivencia sinodal que debemos seguir alimentando, como expresión de una familia eclesial que se reconoce unida en la diversidad de carismas. En las diferencias legítimas seguimos al que es Camino, Verdad y Vida. En este sentido se destaca que la sinodalidad, puesta de nuevo en valor, nos permite reconocer los talentos y favorecer su desarrollo e implicación en los proyectos y acciones evangelizadoras.

Estos encuentros **favorecen la participación del Pueblo de Dios y entre todos construimos comunidad**, pues hemos aprendido que la fe vivida y compartida crece y se fortalece. Tenemos que seguir caminando juntos, buscando la unidad, abriendo esta experiencia a arciprestazgos y otras zonas pastorales, para que, a partir de los grupos que se formen, se programen acciones conjuntas, se asuman los compromisos y responsabilidades y se evalúe el trabajo programado.

Se han recalcado las virtudes de la humildad y la paciencia, no dar soluciones a priori sino buscarlas juntos, y la necesidad de curar heridas y de sanar la memoria, porque más importante que las respuestas son los procesos.

Como retos aparece la **necesidad de procurar una mayor participación y formación del laicado**, de revisar el **papel de la mujer**, de fomentar los **ministerios laicales**, el **diálogo interreligioso** y la necesidad de **cercanía y sencillez de los pastores**, para crear una nueva humanidad según la propuesta de vida de Jesús, en línea con el cambio de denominación del Sínodo de los obispos a *Sínodo* en el que todo el Pueblo de Dios participemos de pleno derecho. Se debe procurar, cada cierto tiempo, una escucha de los fieles para asuntos de relevancia para la Iglesia.

Un sueño compartido es la **reforma y revitalización de la Iglesia en la línea de la sinodalidad**, y de las indicaciones y aspiraciones abiertas por el Concilio Vaticano II. Una Iglesia renovada y creíble es posible, actualizando el lenguaje pastoral (cercaño,



dialogante, con sabor evangélico, que transmita con claridad y deje un poso de esperanza), y procurando una presencia más proactiva en los medios de comunicación. También haciendo unas **celebraciones litúrgicas más participadas, gozosas**, donde se pueda vivenciar de modo sencillo la experiencia de la comunidad en un clima de familiaridad y cercanía; cuidando la preparación de las homilias; haciendo **comprensibles los lenguajes y símbolos** mediante una catequesis de iniciación y mistagógica, que sea profunda y encarnada con la vida. Es necesaria una formación litúrgica que ayude a descubrir el sentido y el significado de la celebración, huyendo de ritualismos y anacronismos, y de actitudes propias de espectadores pasivos (*muchas veces somos más un mueble del templo que verdaderos participantes en la celebración a la que acudimos*). Una liturgia más abierta a los signos de los tiempos, para la vida, que impulse la ministerialidad del laicado.

Es preciso rescatar la **íntima y lógica correspondencia entre la vida sacramental y el compromiso social**, el vínculo indisoluble entre el Cuerpo de Cristo presente en la Eucaristía y la *Carne de Cristo* (en palabras del Papa Francisco), presente en cada hermano, especialmente en los más desvalidos y desfavorecidos del mundo tal como nos dice nuestro Señor en Mt 25. ¡Qué importante es saber expresar que estamos ante un Dios cercano y amoroso, hablando menos de condenación y redescubriendo la alegría del sacramento de la reconciliación!

**Soñamos que el Sínodo sirva para cambiar estructuras y revitalizar las que son expresión y cauce de sinodalidad** en la vida parroquial y diocesana. Soñamos una Iglesia que sea comunidad de comunidades, en la que todos, sin excepciones, seamos hermanos en la igualdad que nace del Bautismo, donde se viva una verdadera ministerialidad, en las acciones y en las funciones. Una Iglesia que toma decisiones desde la base para que sea *de todos y para todos en verdad*, con plena conciencia de ser el cuerpo místico de Cristo, capaz de hacerse presente en el mundo desde el diálogo, cerca de los más necesitados, que muestre sin pudor la belleza del camino a la santidad.



**Un sueño compartido es** intentar vivir con los demás, **que esta forma de hacer comunidad vaya calando** a todos los niveles, sin personalismos que fomenten diferencias. Algún grupo visualizó *la Iglesia como una barca de pescadores, unos pescan con una caña, otros con pesca artesanal, otros ven que se hunde, otros están tapando agujeros, otros echando redes en el mismo lugar.*

La interpelación de esta experiencia nos invita a una **conversión personal, pastoral, institucional y de compromiso** con nuestro entorno. La necesidad de escuchar a Jesús, a los hermanos y a uno mismo. En esta línea se considera esencial y **necesaria la transparencia**, la confianza y la corresponsabilidad de sus miembros. Y que la pastoral diocesana se haga contando con la opinión de los seglares, así como cualquier decisión que afecta a la Iglesia, a través de los consejos pastorales.

Asimismo, surgen **propuestas más genéricas** para que en las diócesis haya unidad entre la fe y la vida, tener más visibilidad social, y parroquias que crezcan como comunidades sinodales sembradoras, con grupos de vida, oración y formación. **Otras más concretas** son el acompañamiento a las personas mayores y enfermas, el desarrollo de una pastoral familiar en línea con la *Amoris laetitia*, el avivar la mentalidad y el corazón misionero, especialmente en el ámbito del rural donde se hace más necesario un trabajo interparroquial e impulsar comunidades sensibilizadas con propuestas para el barrio de tipo religioso y sociocultural.

En definitiva, **una pastoral en salida y abierta, sin caer en derrotismos y lamentos**, manteniendo la alegría de ser cristianos, **ofreciendo nuestro testimonio con credibilidad y caridad** y dejándonos guiar por el Evangelio y la DSI. Ofrecer de modo claro y cercano propuestas atractivas y grupos en los que compartir la vida desde la Palabra y bajo la guía del Espíritu.



## Contenido

Por una Iglesia sinodal.....	1
Bloque 1. Acompañantes de viaje. Acogida.....	4
Bloque 2. Celebrar la fe y la vida.....	5
Bloque 3: Escuchar y tomar la palabra.....	6
Bloque 4: Participar y compartir responsabilidades.....	9
Bloque 5: Dialogar en la Iglesia y en la sociedad.....	11
Bloque 6: Discernir y decidir.....	14
Conclusiones.....	16
Contenido.....	20